



EL GRAN CAMBIO DE NUESTRAS VIDAS

Andrea Ordóñez

<https://orcid.org/0000-0002-1436-7001>

Universidad Nacional Abierta a Distancia (UNAD).
Colombia



Cita este capítulo:

Ordóñez, A. (2020). El gran cambio de nuestras vidas. En: Villota Enríquez, J. A. y González Valencia, H. *Tecnología, Sociedad y Educación: perspectivas interdisciplinarias en torno a las TIC desde el campo social y educativo* (pp. 247-252). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

El gran cambio de nuestras vidas

Andrea Ordóñez

El día transcurría con absoluta normalidad, desde mi punto de vista. Las calles estaban llenas de personas apuradas por sus quehaceres diarios, reflejando a través de sus rostros cansancio y desesperación, con ganas de unas vacaciones, con ganas de volver a sus casas y solo quedarse ahí, sin pensar que después anhelarían ese ajetreo. A pesar de todo, las cosas estaban normales, sin novedad alguna, solo la misma rutina de siempre, mis padres se levantaban para irse a trabajar, yo me quedaba en casa con mi abuela o me dirigía a la casa de mis tías. Un día se comenzaron a escuchar rumores sobre una misteriosa enfermedad que estaba cobrando la vida de muchos y acorralando a otros; sin embargo, decían que estaba lejos de nosotros, así que todo estaría bien, siempre y cuando eso estuviera a miles de kilómetros.

Las noticias sobre esta epidemia, que yo llamaría espanto, por ser la causa del miedo común, comenzaban a hacerse constantes; los medios de comunicación habían encontrado la mejor noticia, que la mayoría de las personas estarían atentas a escuchar. A medida que pasaba el tiempo las redes sociales fueron empapándose de esto, las fake news tomaron más poder de lo normal, ya no se podía diferenciar entre lo fantasioso y la vida real, pero a pesar de estos sucesos, nuestra vida no cambiaba, seguíamos con nuestra cotidianidad.

Pasaron semanas, en las que se escuchaba hablar sobre este espanto, que cada vez iba tomando más fuerza. El miedo comenzó a apoderarse de algunos, se veían rostros preocupados por la situación que estaban viviendo en otras partes del mundo; aun así seguía los incrédulos, y solo decían: “eso era nada más que un invento, para quitar la atención de los corruptos que estaban siendo investigados” o que simplemente era una “gripita queiebra huesos” que de ahí no pasaba. La vida de muchos estaba siendo arrollada por ese espanto, pero aun así no era la nuestra. Los días transcurrían con normalidad, los mercados estaban llenos, los locales estaban atendiendo, los hospitales igual que siempre, las festividades, salidas con amigos y paseos no podían faltar, nada sucedía fuera de lo acostumbrado.

Todo comenzó un fin de semana en el que se decía que este espanto había avanzado tanto que ya estaba alrededor nuestro; el gobierno solo dijo que nos quedaríamos en casa, que allí estaríamos a salvo. Aunque se estaban tomando las medidas pertinentes, no todos recibieron la orden de la mejor forma, la preocupación de las personas se alcanzaba a percibir desde lo lejos, aunque era solo un fin de semana en las casas, muchos no tenían los recursos suficientes para pasar unos días sin trabajar, otros solo aceptaron lo que se venía; sin embargo, algunos corrieron a llenarse de cosas, los supermercados estaban llenos, simplemente habían perdido la razón. Pasó el fin de semana y nuevamente se informó a los ciudadanos acerca de otro aislamiento total, la gente no podría trabajar, los que vivían del diario debían quedarse en sus casas esperando a que alguien se dignara a darles algo para subsistir.

A pesar de todo esto, mi familia y yo aceptamos de la mejor manera el mandato de las autoridades, los primeros días fueron tranquilos, mi madre se disponía todas las mañanas a enviar actividades a sus estudiantes, yo en cambio me levantaba temprano para realizar mis trabajos, tenía tiempo para repasar algunas notas en mi guitarra y mi papá permanecía cuidando sus queridas plantas. La cocina se convirtió en ese espacio para compartir todos, estar en casa se sentía mejor que nunca, pasábamos tiempo juntos, las películas y las crispetas no faltaban, nada podría ser más satisfactorio que pasar tiempo de calidad con las personas que más quieres.

Los fines de semana se tornaron en momentos especiales para compartir en familia todo un día, sin tener que preocuparnos por trabajos o tareas que debíamos cumplir, solo eran días para disfrutar y darle un descanso a la mente. Poco a poco comenzábamos a darnos cuenta que los días se nos hacían más largos, las tareas que debíamos hacer se fueron incrementando, pero aun así estábamos tranquilos; claro está llegaban esos pequeños lapsos de tiempo en los que la desesperación por estar encerrados nos agobiaba y atormentaba, afortunadamente duraban poco, aún con todo lo que ocurría a nuestro alrededor nuestra fe seguía intacta, nos hacía mantener la certeza de que algún día todo esto pasaría y solo nos reíríamos, recordando ese giro de trescientos sesenta grados que nos dio la vida.

Las redes sociales, que antes parecerían ser inservibles, se convirtieron en esenciales. La Internet se tornó en mano derecha, la cual si nos faltaba –prácticamente– no podíamos hacer nada; además de eso, se comenzó a notar más crudamente esa problemática que muchos dirían que no existe, pero en realidad está más viva que nunca, es la de la pobreza, la gente que lucha día a día para no morir y la de los grandes personajes del mundo que solo se preocupan por ellos mismos. Esa insensibilidad, de hombres y mujeres que tenían el poder, ante la situación tan difícil por la que pasaba la mayoría de población, se hizo cada vez más notoria. El mundo

entero estaba conmocionado por esta pandemia a la que todos nos enfrentábamos. A diario, se veían fotografías de médicos batallando sin descanso, padres y madres que no podían abrazar a sus hijos, porque quizá los podrían infectar y ese desespero en los rostros de los demás por no saber si resistirían más tiempo sin trabajar y llevar el sustento a sus hogares.

Nuestros encuentros espirituales empezaron a darse a través de plataformas virtuales, no fue lo mismo. Igualmente nos fortalecimos para seguir adelante, nuestros recursos no fueron demasiados; sin embargo, comenzamos a ayudar a aquellos que no tenían suficiente dinero o alimentos para estar encerrados más días, además de nosotros hubo muchos más que no se quedaron con los brazos cruzados y con humildad le extendieron la mano a quienes más lo necesitaban. Vivimos el dolor de perder a un amigo durante el aislamiento, el dolor de no poder estar con su familia y decirles que estábamos prestos a ayudarles, que esta prueba la pasaríamos juntos. Lastimosamente no pudimos hacer nada, solo quedarnos en nuestras casas y acompañar a esa familia desde la distancia.

El “te extraño” o “extraño cuando...” se fueron convirtiendo en las expresiones más usadas, palabras que nos hacían pensar en aquello que antes decíamos que era agotador, junto con ellas fueron llegando los momentos de reflexión, en los cuales decíamos que esto era una prueba y que nos servirá para saber valorar aquello que un día teníamos y no nos dábamos cuenta que gozábamos de muchas actividades, las cuales no podíamos hacer en esos momentos.

Pasaron los días y todo fue cambiando, el desespero por no poder salir se percibía en el aire, nuestras caras habían cambiado, ya no era como el primer día, los horarios comenzaron a cambiar; esas costumbres que teníamos antes de que llegara este espantoso virus, ya no estaban, el salir aunque fuera un minuto a la calle era lo más anhelado que podíamos tener, habían pasado meses y cada vez que se acercaba el día para salir del aislamiento, el gobierno nos decía que debíamos seguir refugiados en casa. Pero un día fue diferente al resto, se dio la orden de que algunos sectores podrían trabajar, fue ahí que mi padre nuevamente comenzó a trabajar y junto con él muchas personas más volvieron a sus trabajos; sin embargo, otros se encontraron con la fatídica noticia de que habían perdido sus empleos, en ese momento vi la ironía de la vida, mientras unos lloraban de alegría al saber que volverían a recibir ese sueldo deseado, otros lo hacían de desconsuelo por haber quedado sin ingresos, lo cual en ese momento era lo más preciado.

La costumbre de lavarse las manos y limpiar todo aquello procedente de afuera de nuestro hogar, fueron tornándose en algo vital para no contagiarnos, cada uno de

los integrantes de mi hogar adquirió hábitos de cuidado respecto a este espanto. Las noticias sobre este virus se hacían más constantes que nunca; tanto fue nuestro desespero, que optamos por alejarnos de los medios de difusión que trataran de decir algo sobre eso, lastimosamente no había una sola noticia que no tuviera algo sobre esta pandemia mundial, literalmente la vida giraba en torno a eso; pero aun así esa certeza de ver esa salida al final del túnel no se iba, al contrario se incrementaba con los días, pero no era la perspectiva que tenían otros.

Los casos en el mundo llegaron a su punto máximo, ese nivel en el que todos nos cogíamos la cabeza al ver como rápidamente iban desapareciendo personas de la faz de la tierra y otros se debatían entre la vida y la muerte, no solo por esta enfermedad sino por otra que había existido desde el principio y aún no desaparece, esa que te va consumiendo lentamente y se podría decir es la más dolorosa de todas, la pobreza, la cual conlleva al hambre, al desespero de saber que en algún lugar hay otros gozando de un plato de comida al que nunca tendrás acceso. Se hacía imposible no pensar en el sufrimiento de unos al ver cómo se llevaban a sus seres queridos y saber que no podrían volver a verlos; de otros, que sus vidas se caían a pedazos, se desboronaba todo aquello que con esfuerzo alguna vez levantaron.

Aún no termina esta pesadilla, pero tengo la esperanza de que algún día veremos esa calma que tanto esperamos todos. Hoy en día algunos pocos lugares han vencido este espanto, afortunadamente ellos han “cantado victoria”, pero aún quedamos los que no hemos podido probar esa satisfacción de ver nuestras vidas tornarse en “normales” nuevamente, el desespero no se ha ido y el miedo a ser contagiados empeora, pero no todo puede ser malo, tal vez necesitábamos pasar por estos momentos para valorar lo que tenemos. Espero que cuando nos despertemos de este sueño tan profundo, sepamos comprender que la realidad que vivimos no es la misma para todos.